

y de otros muchos santos obispos y mártires; y en la misa *Sacerdotes* del comun de un mártir pontífice. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS FESTIVIDADES DE SAN PEDRO QUE SE HAN CITADO.

San Mateo, cap. XVI, vs. 13 al 19.

En aquel tiempo vino Jesús á las cercantas de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas. Dícele Jesús: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo. Entonces respondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN MARCELO Y OTROS SANTOS PONTÍFICES Y MARTIRES.

San Mateo, cap. XVI, vs. 24 al 28.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame. Porque el que quisiere salvar su vida la perderá; mas el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar á todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno según, sus obras.

CAPITULO VIII.

TRANSFIGURACION DE JESUS EN EL MONTE TABOR, EN LA QUE SE MUESTRA GLORIOSO A TRES DE SUS DISCIPULOS, Y AL DIA SIGUIENTE DE BAJAR DEL MONTE, SANA A UN LUNATICO Y ENDEMONIADO QUE AQUELLOS NO HABIAN PODIDO CURAR POR FALTA DE FE.

Desde que Jesús determinó dar á conocer con toda claridad á sus apóstoles que se acercaba el tiempo de su pasión, no les hablaba de otra cosa mas que de su próxima partida, de afrentas, de ultrajes, de tormentos, de suplicios, de cruz y de muerte. Les mostraba á Jerusalem como el teatro donde se habia de representar la mas sangrienta é inhumana de todas las tragedias que jamás los siglos vieron, haciendo sus sacrílegos habitantes al hombre Dios la víctima de su propia infidelidad: no se ocupaba sino en pensamientos lúgubres y en comunicar á sus mejores amigos reflexiones siempre tristes y desconsolantes; y esto en un tiempo en que para animarlos, aunque entre los bosquejos y figuras les habia hecho una grande y consoladora promesa que debia realizarse antes de su muerte. Acercábase el término fatal, y el saberoano Maestro se apresuraba

para consumir la grande obra de la instruccion de todos los hijos de Israel en los diversos cantones de la Palestina, la que debía preceder á la consumacion del sacrificio. Pocos dias le bastaron para darse á conocer en todo el canton de Cesarea de Filippo, que estaba situada en la tribu de Nephthali, confinante por el Sur con la Zabulon y el monte Tabor, en medio de Galilea en esta última tribu; es decir, que comprendia desde casi el nacimiento del Jordan hasta los contornos del monte Libano; porque tan luego como se anunciaba su llegada á una parte, corrían de todas las vecindades para oírle hablar del reino de Dios.

Solo Jesús, á quien nada estaba oculto, sabia claramente que este era el último de los viajes que habia de hacer en la Judea y Galilea, el que como una larga jornada le conducia con lentitud al calvario, cuyos pasos todos estaban medidos en los eternos decretos de la sabiduría de Dios; y como la sangrienta escena del Gólgota habia de ser el verdadero triunfo del infierno y de la muerte, quiso el Señor anunciar con un espectáculo glorioso, cuya magnificencia anunciaba la cruz y parecia únicamente destinado á quitar con anticipacion el escándalo que ella habia de producir. Seis dias enteros, como dicen san Mateo y san Márcos, no contando sino los intermedios, ú ocho, como dice san Lúcas, contando con los dos no cumplidos, á saber: aquel en que Jesús pronunció su último discurso, y en el que se verificó el memorable acontecimiento que vamos á referir, se hallaba Jesús con sus apóstoles al pié de un alto monte cercano de una numerosa muchebumbre, á la que habia explicado como solia las verdades de la salud; y aunque no debió causar admiracion verle retirar al fin del dia para pasar la noche en oracion, segun tenia de costumbre, causó alguna extrañeza observar que se llevase consigo á sus tres mas íntimos amigos Pedro, Juan y Diego, hermanos los dos últimos é hijos del Zebedeo, y que se dejase los restantes en la llanura, acompañados del pueblo que los habia seguido.

Apoyados ciertos autores en los dichos de algunos viajeros, tal vez menos religiosos que entendidos, y en varios planos de la Palestina, cuya exactitud es muy dudosa, y sobre todo en que los Evan-

gelistas sagrados no nombran el monte sobre el que se verificó tan estupendo prodigio, la critica de los injustos detractores del Evangelio se opone á creer que fuese sobre el monte Tabor, por hallarse segun dicen, situado dicho monte en los confines de Galilea y Samaria, muy lejos de Paneas y del nacimiento del Jordan: suponiendo que el en que tuvo lugar dicho portentoso era el Libano, mucho mas elevado que el Tabor y cercano á Cesarea de Filippo; pero siendo como es innegable que el Tabor solo dista cuatro millas de Nazareth, y que Jesús viajaba entonces por aquel país en direccion á Galilea, no hay dificultad alguna en creer que fuese este el monte donde se verificó el prodigio; y desaparece toda duda cuando los contrarios á esta opinion no prueban que en toda la Palestina hubiese otro monte con el mismo nombre; y en la antiquísima version pérsica sobre el capítulo XVII de san Mateo, se lee: **TRANSFIGURACION DE CRISTO EN EL MONTE TABOR.**

Escondidos han quedado tambien en los secretos de la Providencia divina los motivos que tendria Jesús para dispensar esta fineza singular á solos los tres apóstoles queridos y no á todos los demás. No puede dudarse de su mérito ni de que el Señor tuvo grandes razones para ello, entre las que sobresalen al parecer las de que queria su Majestad que el caso quedase muy secreto hasta después de su resurreccion, y que aquellos mismos tres á quienes revelaba una parte de la magnificencia de su gloria fuesen tambien testigos del extremo de su agonía en el huerto de las Olivas la víspera de su muerte, á fin de que contrabalanceando las glorias del Tabor con los oprobios del calvario, no fuese la cruz un motivo de verdadero escándalo para los que creyesen en el Señor.

San Gerónimo [1] resuelve con mucho acierto la duda que podria surgir, contando san Mateo y san Márcos solo seis dias desde el último discurso de Jesús, ó mas bien desde la confesion de Pedro hasta la transfiguracion, y san Lúcas ocho, y dice: Todo esto conviene muy bien al presente misterio; porque así como Cristo después de seis dias del sábado anterior subió á la cruz, y después del séti-

[1] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

mo en que habia descansado en el sepulcro, en el octavo resucitó, así nosotros después de las seis del mundo, que simbolizan la vida del hombre, en las que trabajamos y padecemos por el Señor, y después de la séptima, que significa el descanso de las almas, resucitaremos en la octava y descansaremos eternamente en el reino de la bienaventuranza celestial.

Llevó consigo tan solamente á tres, para demostrar que el dicho de tres testigos es suficiente para dar testimonio de la verdad, al mismo tiempo que quiso declarar que todos los que viviendo conservasen firmemente la fe del Augustísimo misterio de la Santa Trinidad, se alegrarian después con la vision eterna de Dios trino y uno. Llevó consigo á Pedro, Jaime y Juan, para enseñarnos que todo aquel que quiere ver la gloria de Dios, es preciso que le conozca por la fe como Pedro; que abandone todos los negocios de la tierra como Jaime, y que tenga la gracia de obrar bien como Juan; porque todo el mérito de la criatura consiste en creer la verdad, en apartarse del mal y en obrar el bien. Asimismo eligió á los tres en representacion de todos los estados, porque por Pedro se entienden que representan los casados y los prelados; por Jaime, los penitentes y todos los que en el misterio santo están dedicados á la vida activa; y por Juan, todos los vírgenes consagrados al Señor. Y muy oportunamente en fin llevó á los discípulos á un lugar muy elevado para manifestarles la gloria de la resurreccion, para darnos á entender que si queremos ser participantes de aquella gloria, debemos estar muy separados de las turbas de los hombres malignos y vivir muy lejanos de los tumultos y alborotos del siglo, y para que sepamos que no hemos de buscar la dicha, la felicidad y la gloria en el valle profundo de este mundo, sino en el encumbrado reino de la bienaventuranza. A todos los discípulos dió el Señor cuenta de su muerte, pero á solos tres manifestó su gloria. A muchos mas se manifestó desfigurado en el calvario, que en el Tabor transfigurado. Escogió á los tres que antes que los otros habian sido llamados al apostolado. A Pedro, que tenia destinado para piedra fundamental de su Iglesia; á Jaime, que era el primero que con su sangre habia de dar testimonio de la verdad antes que los otros apósto-

toles; y á Juan, que habia de perseverar con él al pié de la cruz. Esta distincion hizo entre sus mismos allegados el que es Señor absoluto de sus dones, y en el repartimiento de ellos no atiende á la dignidad del que los recibe, sino á la misericordia con que los da y con la que por medio de los unos prepara sus corazones para el reparimiento y recepcion de otros mayores.

Llevólos solos y á un monte muy alto. Para regalar á sus amigos elige el Señor el apartamiento del bullicio y estruendo del mundo, en la soledad y en la elevacion del ánimo significada por el monte. Cuando Moisés subió al monte, muchos pasos antes de llegar á él no se acercó ninguno del pueblo [1], y cuando Jacob luchó con el ángel, se alejó del ganado para que no le estorbase el ruido [2]. Mucho da que contemplar á la fe el que los misterios mas importantes de ella se hayan cumplido sobre los montes. Isaac iba á ser sacrificado sobre un monte, sobre otro recibió Moisés la ley, sobre un monte se transfiguró el Salvador y sobre otro fué crucificado. Así santifica el Señor las ideas del sentido para que ayuden á la formacion del hombre espiritual. La fe eleva el corazon de las cosas terrenas, la oracion le despoja de las aficiones carnales, la caridad le une con la alteza de su divinidad. A ninguno de estos montes sube el hombre sin Cristo; pero tampoco sube el que aparentando seguir á Jesús, quiere llevar otras cosas que condenan y reprueban la ley y las doctrinas de Cristo. Entre tanto que Jesús velaba y los discípulos dormian, se mudó toda la figura exterior de su Maestro soberano; emanó repentina y pasajeraente la gloria de que gozaba su bienaventurada alma. Su divino rostro, siempre grave y serio, se puso resplandeciente como el sol; sus vestidos, llanos y sencillos, aparecieron brillantes y de una blancura semejante á la de la nieve. Mostróles por un instante cuál habia de quedar para siempre después del día de su ascencion. Este es el reino ó la ciudad real, como dice san Leon papa [3], en que poco antes habia prometido el Señor á algunos de sus discípulos que se les mostraría. Des-

[1] Exod. cap. 19, vs. 12 et 24.

[2] Genes. cap. 32, v. 23.

[3] Div. Leon Mag. Serm. 94, de transfigurat. Din. cap. 2.

cubre pues su gloria delante de testigos escogidos; y aquel cuerpo suyo, igual en la naturaleza humana á la de los otros hombres, lo alumbra y esclarece con las luces de su eterna claridad.

Lo que es el sol para los ojos del cuerpo, dice san Agustín [1] eso es Cristo para los ojos del alma; lo que aquel es para la carne, es este para los corazones. Los vestidos de Cristo son la Iglesia. Caéase la ropa si no la sostiene el que con ella se cubre. De este vestido vino á ser Pablo como la última orla, diciendo él mismo que era el último de los apóstoles [2]. Y así como la mujer que padecía una grave enfermedad sanó con solo tocar la orla de la ropa de Cristo, así la Iglesia venida de los gentiles se salvó con la predicación de Pablo: ¿Qué extraño es que los vestidos blancos signifiquen la Iglesia, cuando promete Dios por Isaías [3] blanquear como al nieve al que tuviesen sus culpas negro como un etiope? Cristo, resplandeciente en el Tabor, denota el estado de claridad con que ha de premiar para siempre la tribulación momentánea de sus escogidos. La blancura de sus vestidos, añade san Agustín [4], provenia del resplandor de su rostro; y esta fué una verdadera mudanza en el rostro, pero no en el vestido. No dejó la verdadera sustancia de la carne, ni destruyó ó separó la verdad de su cuerpo, sino que le añadió claridad y resplandor. Revestido pues de nuestra carne mortal, nos manifestó como quiso la luz de la inmortalidad y de su gloria, para darnos una mayor certeza de aquella misma gloria que nos predicaba.

Esta tan gloriosa transfiguracion fué como una prenda de la futura bienaventuranza que esperamos, y como un cierto y seguro anuncio de su segunda venida, en la que el mismo Cristo y sus santos brillarán con una claridad mas resplandeciente que la del sol; y así fué que no tomó en aquella ocasion el dote de la claridad, sino la semejanza de aquel dote. Porque como continúa el mismo san Leon papa: Revestidos todavía los apóstoles del saco de la carne mortal, de ninguna manera podían ver la inefable é inaccesible luz de la

[1] Div. August. Serm. 78, in hæc verba.

[2] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 15, v. 9.

[3] Isaías. 1, v. 18.

[4] Div. August. lib. 3. De mirabilibus.

divinidad, que está reservada en la vida eterna para los limpios de corazon. El resplandor del rostro de Jesús, significa la claridad de su divinidad, y el de sus vestidos, la de su sacrosanta humanidad.

Por último, sobre esta transfiguracion tan sorprendente y gloriosa debemos contemplar tres cosas, y son: que llevó consigo sus discípulos mas amados, que subió al monte y que se previno con la oracion, para demostrar que nadie llega á la gloria si no está acompañado de la virtud, si no tiene una vida desprendida de todo lo terreno, y si no es entregado á la oracion y fervoroso en ella. Feliz el que siempre lleva consigo tan magnífico acompañamiento.

Al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. El primero habia muerto muchos años hacia, pero es de presumir que para este lance salió su alma del seno de Abraham y se unió con su cuerpo, conservado para este fin sin corrupcion en el sepulcro que le dió el ángel del Señor al pié del monte Phogor. Por lo que mira á Elías, arrebatado vivo en un carro de fuego, dejó el lugar del descanso de su cuerpo, donde estaba esperando por mas de novecientos años las órdenes del Mesías. El uno traia entre sus brazos las tablas de la ley, y el otro estaba vestido de su hábito de pieles de camello, ceñido con ceñidor de cuero. Llenos de luz y participantes de la gloria del hombre Dios, necesitaban de sus símbolos característicos para ser conocidos de los apóstoles, los que efectivamente no se engañaron. Hablaban con Jesús, pero no sabemos cuánto tiempo duró la conversacion, é ignorariamos la materia de ella, si habiendo despertado los discípulos no hubieran visto á los dos ministros de Dios conversando con su Maestro, y no hubieran oido que trataban entre sí de la muerte cruel que bien presto habia de padecer en Jerusalem. Moisés y Elías, la ley y los profetas, de nada sirven sino cuando hablan con Cristo. ¿Quién leeria la ley, dice san Agustín [1]; quién los profetas si no diesen testimonio de Cristo? Moisés y los profetas hablaban y escribian; pero de Cristo estaban llenos cuando se derramaban. Ellos eran va-

[1] Div. August. Serm. 78 ibi Sup.

nos, Cristo fuente; ellos siervos, Cristo Señor. Firme es la verdad publicada por la trompeta del viejo y nuevo Testamento, á cuya confirmación concurre el Evangelio ayudado de las profecías. Ayúdanse entre sí el uno y otro Testamento. Al que bajo el velo de los antiguos misterios habian prometido las figuras de aquella ley, pone ahora de manifiesto el resplandor de la gloria, y el Cristo prometido y anunciado se ve enteramente descubierto y revelado.

¿Qué podrán objetar los enemigos de la religion de Jesús á esta tan pública y portentosa revelacion? No es nueva la religion prometida antes de la ley, encerrada en la ley, atestiguada por ella misma, anunciada por los profetas, descubierta, enlazada y glorificada por el que era blanco de todas las profecías. En el Tabor se ve la concordia que hay entre la ley y los profetas, y entre el Evangelio y los apóstoles. La ley fué dada por Moisés; la gracia es obra de Cristo; en él se cumplió la promesa de las figuras proféticas y la observancia de los preceptos legales. El enseñó por su presencia la verdad de las profecías, y por su gracia la posibilidad de los mandamientos. La ley fué dada para despertar, avisar y alumbrar al pecador y darle á conocer la necesidad de la gracia, y esta fué dada para cumplir la ley con la caridad; la verdad para disipar las tinieblas de los idólatras, las sombras de los judíos y la hipocresía de los malos cristianos. La ley figura, profetiza y promete la gracia, y esta da de la verdad el efecto y cumplimiento de la ley, y que es Jesticristo y la caridad. El siervo Moisés no pudo hacer más que publicar la ley y declarar la voluntad de su Señor. Solo Jesucristo, Dios y Redentor de las almas, puede hacerse Señor de ellas por su gracia, hacerse amar de ellas conforme á su voluntad, y cumplir en ellas la verdad de sus promesas, trocando las piedras en hijos de Abraham. En muy pocas palabras encerró todo esto el apóstol [1]: Por la ley, dice, vino el conocimiento del pecado; ahora sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, que es este sobrestigüada por la ley y los profetas, que son su resplandor.

De la pasión de Jesús hablaban con su Majestad divina Moisés

[1] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 3, vs. 20 et 21.

y Elias, no para indicarle cosas que no supiese, sino para adorarle por su venida al mundo en carne mortal, y porque veian ya muy cercano á su complemento el misterio de la pasión que ellos mismos habian predicho y anunciado, y porque veian tambien acercarse el momento de su redencion y el de la de todo el género humano. Compadecíanse sin embargo de Cristo, porque aquel rostro tan glorioso y resplandeciente debía ser afeado, escupido y escarnecido, y su santa é inmaculada persona debía ser entregada por envidia, juzgada y crucificada. Tampoco hay duda que entre los apóstoles y profetas hubo un gozo y contento muy grande, no solo por la transfiguracion de Jesús, sino tambien por la mutua y reciproca vision, pues que los príncipes de uno y otro Testamento se juntaron con el Dios de Abraham. Allí se veía á Moisés, jefe y príncipe de los judíos, y á Pedro, príncipe de los cristianos. Allí se veía á Elias casto y á el virgen Juan, y uno y otro alababan en Jaime, el entre los apóstoles el primer mártir. Sin embargo, parece que no pusieron los tres apóstoles demasiado cuidado y atencion en la materia del discurso, hasta que volvieron mas en sí de de la admiracion y sorpresa que les causó tanta novedad. Ellos se conmovieron tanto y quedaron tan deslumbrados de la grandeza y resplandor del espectáculo, que atraido Pedro de la revelacion de este gran misterio, despreciando los amores del mundo, fastidiado de las aflicciones de la tierra, arrebatado del deseo de la eternidad y poseído del mas intenso gozo que le causaba aquella no esperada vision, se atrevió á interrumpir el discurso y á decir á Jesús: Señor, bien estamos aquí. Deseaba permanecer con Jesús en aquel lugar donde se gozaba con la vision de su gloria. Desordenado era el deseo, que pretendia el descanso antes del trabajo y la corona antes de la gloria. Por eso no mereció respuesta de Cristo. Ordena este deseo el que busca ahora la paz en la paciencia, consolándose en los trabajos que el Señor le envía. Con Cristo está el que padece por su amor, y con Cristo estará si así permanece. La paz atribulada se premia con la paz gloriosa.

Bien estamos, Señor, aquí inundados en gozo por la contemplacion de tu gloria y de tu dulzura; la que gustada, una vez, ya se

tienen por viles y despreciables todos los gustos y goces de la tierra; y así no es extraño continuase Pedro diciendo á su Maestro: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elias.* No son las tiendas para cuerpos gloriosos, exentos ya de las injurias del tiempo. ¿Quién no temerá preocuparse y engañarse en el camino de Dios, cuando el príncipe de los apóstoles, sorprendido y atónito con aquella vision, trastorna el orden de Dios y trata como terreno lo celestial? No hablaba Pedro ni pensaba en hacer tabernáculo para si y sus compañeros, como suponiendo que todos, como discípulos, habian de permanecer reunidos en el de su Maestro. Como rogando Pedro á su Maestro, manifiesta su deseo de quedarse en el monte por el pequeño gusto de la participacion de la futura gloria que en él veia, para que aprendamos que nada nos debe parecer difícil de padecer por Cristo para llegar con él al monte de la dicha eterna. Sobre lo que dice el venerable Beda [1]: ¡Oh, cuánta felicidad será asistir perpetuamente entre los ángeles, á la vision de la divinidad, si trasformada solamente la humanidad de Cristo, acompañada de solos dos santos, de tal manera deleita que Pedro desea con tanta ansia no apartarse de su presencia! ¿Y cuánto mayor será la suavidad y dulzura al ver al Rey Supremo sentado en el trono de su majestad y de su gloria, y estar en medio de los coros de todos los ángeles y santos del cielo? Erró entonces Pedro y no sabia lo que se decía, pidiendo lo que á su Maestro pedia; ya porque viador en el mundo y desterrado en él buscaba en el valle de lágrimas la patria verdadera, ya porque estimaba como verdadera gloria lo que solo era imagen y sombra de la futura, olvidándose que el reino de Dios no se ha prometido á los santos en la tierra, sino en el cielo. Lo que hizo exclamar á san Agustín y le obligó á decir: ¿Que es lo que dices, oh bienaventurado Pedro? ¿Percece el mundo, y tú buscas en el mundo un retiro para vivir? ¿Ves tanta gente congregarse y reunirse, y tú buscas sosiego y descanso? ¿Ves las tinieblas en medio del mundo, y tú quieres esconder la luz que ha de disiparlas? No te conviene, oh Pedro, que Cristo quede en el monte, porque si allí se

[1] Ven. Bed. in cap. 9 Marci.

quedara, nunca tendria efecto la promesa que te habia hecho, ni jamás hubieses tenido las llaves del reino de los cielos, ni la tiranía del infierno y de la muerte jamás hubiera sido reprimida.

Aun estaba hablando Pedro cuando una nube resplandeciente los deslumbra. Lo que indudablemente mostró á aquel que no necesitaba de tiendas en el suelo, el que tales criados tenia en el cielo, Esta nube sirvió tambien como de sombra para templar la luz que habia deslumbrao á los apóstoles, y señaló la presencia del Padre, cuya voz, saliendo de las tinieblas de ella, dió testimonio de la divinidad del Hijo. Y ella fué un indicio inequivoco de la gran diferencia que hay entre la antigua ley y el Evangelio. En la ley antigua aparecia el Señor en una nube tenebrosa y oscura, que denotaba la sombra de la ley y el espíritu de terror de que estaban llenos aun los mismos hijos del pueblo santo. Esta es nube resplandeciente que denota la verdad de la ley nueva y su espíritu, que es la caridad. No salen de esta nube truenos y relámpagos, sino la voz del Padre que declara la divinidad del Mesías. Haciendo pues sombra á todos la nube, y sirviéndoles en cierto modo de tienda, salió de ella una voz que decía: *Este es mi Hijo amado en quien me he complacido.*

Esta voz de majestad y grandeza es la misma que sonó otra vez sobre las aguas del Jordan. Allí en el bautismo de Jesús se mostró toda la Trinidad, el Padre en la voz, el Espíritu Santo en la paloma, y el Hijo en las agnas. Así tambien se manifiesta ahora el Padre en la voz, el Hijo en el monte, el Espíritu Santo en la nube. Esta nube habia hecho sombra á la Virgen, para que sin daño de su pureza concibiese al Sol de justicia, y templa en nosotros y apaga las llamas de los carnales deseos, para que á la carne prevalezca el espíritu. Moisés y Elias estaban allí; y no se dijo estos son mis hijos amados, porque una cosa es el Hijo Unigénito y otra los adoptivos. Recomendábase aquel del cual se glorian la ley y los profetas. Diciendo pues el Padre: *Este es mi Hijo amado, fúe como si dijera: Este es el Hijo, el cual desde la eternidad está conmigo y nace de mí, porque ni el Padre es antes que el Hijo, ni el Hijo es después del Padre. No los separa entre sí la divinidad, no los divide la potestad, no los distingue la eternidad; en el Padre está el*

Hijo y en este aquel. A nadie usurpó el Hijo la igualdad que tiene con el Padre; mas quedando en la gloria de este para cumplir el eterno consejo suyo y del Padre en orden á la reparacion eterna de los hombres, inclinó la incommutable divinidad hasta la forma de siervo. A la voz del Padre cayeron como desmayados y poseídos de un fuerte temblor, pegando su rostro contra la tierra los tres discípulos Pedro, Jaime y Juan, que hasta entonces habian manifestado alguna firmeza; quedando de tal manera amilanados, que ni aun se atrevian á levantar los ojos para mirar.

San Ambrosio [1] hace observar que al oirse la voz del Padre señalando á su Hijo, desaparecieron Moisés y Elías para que no errasen los apóstoles y supiesen determinadamente á quién debian oír y seguir; por la que añadió: *En él me he complacido*; esto es, en él he determinado cumplir mi beneplácito para la redencion del mundo. O como añade san Crisóstomo [2]: Este es mi Hijo muy amado en quien me deleito, en el que descanso, al que acepto; porque cumple todas las cosas que son del Padre con la mayor diligencia y exactitud; una sola es su voluntad y la del Padre, y en los dos no hay mas que un solo querer. *Oídle* mas que á Moisés y á Elías, porque Cristo es el fin de la ley y de los profetas. *Oídle* como al Supremo y singular Maestro que os enseñará todas las cosas necesarias para conseguir la salud y la salvacion eterna. *Oídle*, porque es la verdad. Buscadle, porque es la vida. Seguidle, porque es el camino único que conduce á la vida eterna. O como si tambien quisiera decir con otras palabras: Desaparezcan las sombras legales y todos los tipos enigmáticos de los profetas, y brille solamente la luz nueva del Evangelio que debeis seguir. Felices, pues los apóstoles, que no solo merecieron ver la claridad del Señor, sino tambien oír la voz del Padre. Tampoco nosotros seremos ajenos á esta dicha si creemos aquel á quien ellos creyeron, y así como ellos vivieron amándole, tambien viviendo le amamos con todas las fuerzas de nuestro corazón.

Otra cosa hay todavía mas digna de atencion y es, que como la humana fragilidad queda oprimida á la presencia de la Majestad,

[1] Div. Ambros. in cap. 7 Lucæ.

[2] Div. Crisostom. Hom. 57 in Math.

de la grandeza y de la gloria de Dios, cuando los discípulos oyeron la voz omnipotente del Padre, cayeron sobre sus rostros; lo que fué un indicio de la justicia y santidad de que estaban adornados, porque el caer de espaldas es propio de los impíos y malvados. Inclínense los justos y caen sobre sus rostros, unas veces por temor, como sucedió en esta ocasion, otras por humildad, como cuando los magos adoraron á Jesús en la cueva de Belen, y otras por accion de gracias, como los ancianos á la presencia del trono del Cordero; y *temieron sobremanera*, porque conocieron que habian errado al aparecer la nube resplandeciente que ilumina todo lo que está oculto y escondido entre las tinieblas, y revela los secretos de los corazones, y porque la voz del Padre fué como un trueno espantoso que á todos aterró; así fué que huyeron los profetas, y los apóstoles cayeron, y hasta la tierra tembló bajo sus piés; mas aquellos á quienes agobiaba la fragilidad humana, fueron consolados prontamente por la dulzura y benignidad del omnipotente y caritativo Maestro; porque acercándose benignamente á ellos tocó á todos tres y les dijo: *Levantaos y no temais*. Estaban debilitados, y el tacto de Jesús los corroboró y confirmó en la fe del misterio que acababan de presenciar. Bienaventurados aquellos á quienes toca Jesús, Bienaventurados aquellos á quienes toca la salud y la vida. Ellos se levantan de sus caidas y quedan asegurados sin temor alguno. ¡Ojalá que su diestra misericordiosa se dignase tocarnos y despertarnos del sueño, del estupor y de la ignorancia, abriéndonos los ojos para que le viésemos! Daleo amigo es nuestro buen Jesús, puesto que nos consuela y nos socorre como Todopoderoso.

Tocados por Jesús, alentados y por él fortalecidos, volvieron en sí los apóstoles y se hallaron solos con su Maestro, porque habia desaparecido todo aquel espectáculo admirable; pues si Moisés y Elías hubiesen permanecido, no solo pareceria incierta la voz del Padre, sino que tambien pudiera dudarse de quien habia dado testimonio. Desaparecieron aquellos para que se viera que la paterna voz no los calificaba á ellos, sino que únicamente designaba á Jesús. Si Pedro pues quedó trasportado por algunos instantes, llegó á engañarse y á no concebir los sucesos que anunciaba esta mudanza; no estuvo en su error por largo tiempo: este se dispuso, á lo mas

tarde, cuando el Mesías, recibido en la silla de su gloria, comunicó su Espíritu á sus discípulos y derramó sobre ellos la plenitud de sus luces. Entonces se acordó Pedro con tierno reconocimiento de singular favor con que su Majestad lo había honrado. Lo refirió con gusto á los primeros cristianos, cuando como padre y pastor los instruía sobre la grandeza del Señor y Maestro á quien había tenido la dicha de servir y les decía [1]: Hijos míos muy amados, no os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ó ficciones ingeniosas, sino que como testigos oculares de su grandeza. Porque al recibir de Dios Padre aquel glorioso testimonio, cuando desde la nube en que apareció con tanta brillantez la gloria de Dios, descendió una voz que le decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias, oídle; nosotros oímos también esta voz venida del cielo y vimos su gloria estando con él en el monte santo. Mas esto que escribía Pedro con toda la efusión de su alma á los primeros hijos de la Iglesia, no tuvo libertad de poderlo decir en secreto á los demás apóstoles sus colegas, porque su Majestad, al bajar del monte, prohibió á los tres expresamente que durante su vida no comunicasen á persona alguna lo que hasta allí habían visto; que tiempo llegaría en que podrían referirlo con toda libertad, pero que no sería hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos para ir á sentarse á la diestra de su Padre. En lo que su Majestad fué puntualmente obedecido.

Cerráramos con esto la narración de tantos puntos interesantes como encierra el presente misterio, si fuese posible pasar en silencio algunas muy oportunas y esenciales observaciones de los eminentísimos doctores Leon Magno y Agustino. Cuando el Padre Eterno nos declara desde la nube que Jesús es su Hijo amado, no se contenta con hacer esta importantísima declaración, sino que en seguida nos le da como Maestro único de la ciencia de la salud, y por esto nos dice que le oigamos; porque él es el que con su sangre redime al mundo, el que ata al diablo y le quita sus despojos, el que rasga la escritura del pecado y los tratados de la maldita prevarica-

[1] Ep. 2 Petri. cap. 2, vs. 11 et seqs.

ción. El es el que abre y allana el camino del cielo, y en el suplicio de la cruz nos prepara la escalera por donde se sube al reino. Cuando les manda que le oigan, no solo les pide atención, sino la fe y la obediencia, desseo y amor de la verdad, y solicitud y presteza en ponerla por obra; oídos, no del cuerpo, sino del corazón, en el sentido en que san Juan llama bienaventurados á los que leen y oyen las palabras de su profecía, y juntamente guardan lo que en ella se encierra [1]. La vida es en nosotros muestra de la fe. La fe viva es obediente, y no oye á Cristo cómo el Padre le manda el que no está con Cristo. Si queremos ser hijos amados de Dios, oigamos al Hijo amado. El Evangelio es la nube desde donde nos habla Jesucristo. Una voz recomienda á otra voz; la voz del Padre, la palabra del Hijo. Delante de nosotros va el Hijo de Dios en la tolerancia de la adversidad y en el cumplimiento de la divina voluntad. No hagamos alarde de amar á Dios si no escuchamos á Cristo; la guarda de la ley es la prueba del amor, pero el amor es el principio de la guarda de la ley. Nadie oye á Cristo sin el amor que abre las puertas del corazón para recibir su palabra. Oigamos á Cristo, hagamos lo que manda, esperemos lo que promete.

Animados con esta tan santa y heroica esperanza, no temblamos ni desmayemos cuando oigamos la voz del Señor que nos habla: David deseaba oírlo, porque decía que hablaría la paz y lo que convenía para la paz de su corazón. La voz del amor es suave, dulce y encantadora; la de la justicia es majestuosa y terrible. Ella conmueve los desiertos, hace retremblar los montes y los valles, y troza los cedros mas robustos del Libano, y es la voz de la virtud y de la magnificencia. No hay fuerzas en el hombre para oírlo sin conmoverse cuando suena desde lo alto del cielo y sale de las entrañas de una nube; no es extraño que los apóstoles se dobleguen al oírlo; lección importante que no debe pasar desapercibida. Conviene empero que nosotros mejoremos el principio de esta postración. La flaqueza fué la causa en ellos, séalo en nosotros el respeto y el amor; y el conocimiento y la confesión de nuestra indignidad nos preservará de una espantosa caída y nos hará mas dignos de las misericordias de Dios.

[1] Apocalip. c. 1, v. 3.